

Tema 3. Pentecostés y la fundación de la Iglesia.

La Iglesia cristiana, es decir, la Santa Iglesia Ortodoxa, fue fundada por el mismo Jesucristo. Podemos considerar toda la vida y obra de Cristo como un gran hito que marcó la historia de la humanidad y anunció una Nueva Alianza que es eterna. Se trata de una Alianza entre Dios y Su Iglesia que ha permanecido a lo largo de los siglos y ha soportado toda dificultad o persecución.

La Iglesia encuentra la base de su fundación en la persona misma de Cristo y en la fe en Él. El Evangelio de San Mateo nos muestra al apóstol San Pedro declarando ante Jesús: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt. 16,16). La respuesta que Jesús le dio, luego de llamarlo bienaventurado, fue esclarecedora respecto del futuro de esta naciente comunidad: «Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella» (Mt. 16,18).

La piedra a la que se refiere Jesús, como han afirmado varios de los Padres de la Iglesia, –tanto orientales como occidentales– es la propia confesión de fe que acababa de hacer San Pedro. Aunque la Iglesia desde sus inicios lo interpretó así, también hubo teólogos y jerarcas, sobre todo hacia el final del primer milenio, que quisieron darle una interpretación diferente, lo que, como veremos más adelante, causó una profunda división y una gran congoja en el seno de la Iglesia.



Cristo, piedra angular de la Iglesia.

El Evangelio de San Juan da testimonio, entre otras cosas, de las palabras que Jesús dirigió a sus discípulos antes de ser entregado a Su Pasión. Cristo no se sacrifica sin dejar a la Iglesia una promesa. Jesús dijo a sus discípulos: «yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre» (Jn. 14,16). Cabe destacar que la palabra «Paráclito», de origen griego, viene a referirse al Espíritu Santo y puede ser traducida como «abogado», «intercesor» o «consolador».



Jesús les dijo también: «el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn. 14,26); «Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí». (Jn. 15,26).

Cristo, ya resucitado dio además a sus apóstoles un gran mandato: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt. 28,19-20).

La promesa dada a los discípulos sin duda fue cumplida. Para los días de la Ascensión de Cristo a los cielos, había en Galilea al menos quinientos creyentes (1Cor. 15,6), mientras que en Jerusalén eran unos ciento veinte (Hch, 1,15). Diez días después de la Ascensión, en la fiesta de Pentecostés, ocurrió la venida o

descenso del Espíritu Santo, el hecho histórico que consumó la fundación de la Iglesia Ortodoxa, narrado en el libro de los Hechos de los Apóstoles.

Ciertamente, la misión de hacer discípulos y bautizar a todas las naciones aparece como una labor titánica para los hombres, sobre todo en un entorno tan hostil, donde desde un principio la Iglesia estaba expuesta a la persecución, especialmente por parte de los judíos. Quizá hubiese sido difícil para un hombre de la época imaginar el alcance que tendría la fe cristiana dos milenios después, considerando que las dificultades no tardaron en sobrevenir. Sin embargo, nada de esto es mera obra de los hombres, pues, a diferencia de cualquier otra comunidad conocida, la Iglesia Ortodoxa fue establecida por Dios mismo.



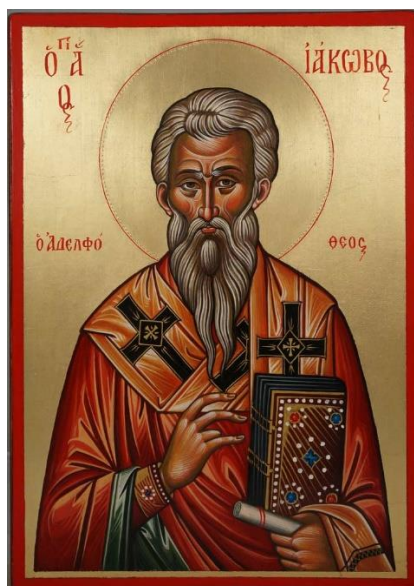
El mismo día de Pentecostés, la Iglesia experimentó un notable incremento, pues se convirtieron unas tres mil almas (Hch 2,41) que vieron los grandes prodigios que acompañaron la venida del Espíritu Santo. La Iglesia ya se encontraba lista para su misión, partiendo de esta naciente comunidad en Jerusalén y desde este punto en adelante, a pesar de las dificultades, creció fortalecida por el Paráclito.

Pentecostés, es una palabra griega que significa «quincuagésimo», en este caso, se refiere el día número cincuenta desde la Pascua. Para la Iglesia Ortodoxa, es una importante fiesta, no tan solo para recordar, sino para mantener siempre presente la venida del Espíritu Santo en nuestras vidas y mostrarnos que Dios permanece con su Iglesia y que la misión de esta continúa con su ayuda.

Tema 4. El Concilio de Jerusalén

Desde los tiempos más tempranos de la Iglesia, los cristianos, incluyendo a los propios Apóstoles, tuvieron que lidiar con importantes discusiones, no solo sobre las creencias, sino también sobre temas como la conversión de los gentiles y la observancia de algunas costumbres judías.

Según lo que reporta el libro de los Hechos de los Apóstoles (cap. 15), en los tiempos en que San Pablo y San Bernabé habían retornado a Antioquía luego de su viaje, algunos cristianos de origen judío habían llegado desde Judea enseñando a los hermanos: «Si no os circuncidáis conforme a la costumbre mosaica, no podéis salvaros» (Hch. 15,1). Dada la gran discusión que se originó, los ya mencionados apóstoles se dirigieron a Jerusalén, donde se reunieron los demás Apóstoles y presbíteros. Este concilio de la Iglesia ocurrió hacia el año 50 y fue presidido por el apóstol Santiago «el Justo», quien fuera el primer obispo de Jerusalén.



Apóstol Santiago, primer obispo de Jerusalén.

La principal discusión del concilio trataba sobre lo que se esperaba de los conversos al cristianismo, más concretamente de los gentiles, los no judíos. Algunos pensaban que para que los gentiles fuesen aceptados en la Iglesia, debían en la práctica convertirse en judíos, observar la Ley de Moisés y cumplir con costumbres

judías tales como la circuncisión. Por su parte, San Pablo veía las cosas de un modo diferente, ya que era quien mejor conocía la condición de los gentiles, pues hacia ellos se dirigió su labor evangelizadora. Se referiría luego en una de sus epístolas a una de las decisiones tomadas por el Concilio de Jerusalén: «Santiago, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas, nos tendieron la mano en señal de comunión a mí y a Bernabé: nosotros nos iríamos a los gentiles y ellos a los circuncisos» (Gal. 2,9).

San Pablo cuenta también acerca de las diferencias que sostuvo con San Pedro respecto a los gentiles. No faltaron los momentos de confrontación entre ellos, como el apóstol informa en la Epístola a los Gálatas (2,11-14).



Tras haber escuchado los discursos, incluyendo los de Pedro, Pablo y Bernabé, el Apóstol Santiago tomó la palabra para dar su opinión, cerrar la discusión y llegar a una decisión. Finalmente, el Concilio Apostólico llegó a una determinación: «Que hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros no imponeros más cargas que éstas indispensables: abstenerse de lo sacrificado a los ídolos, de la sangre, de los animales estrangulados y de la impureza. Haréis bien en guardaros de estas cosas» (Hch. 15,28-29).

De este modo, se presentaban los requerimientos mínimos para los cristianos gentiles, a los cuales no se les exigía la circuncisión. En cuanto a los cristianos de

origen judío, seguirían observando la Ley Mosaica conforme a su costumbre. La Iglesia llevaba la Buena Nueva a todas partes, teniendo como consecuencia la conversión de personas de muchos pueblos y culturas, frente a las cuales habría sido un sinsentido la imposición de las prácticas culturales judías.



Este Concilio de los Apóstoles goza de un carácter único y de él se puede destacar un elemento importante para el futuro de la Iglesia: el nacimiento de la Tradición Conciliar.

Ningún apóstol u obispo reclamó un derecho a la supremacía sobre la Iglesia y sus decisiones, más bien el Concilio escuchó los argumentos de unos y otros para tomar una decisión con la asistencia y la inspiración del Espíritu Santo. De esta manera, el Concilio de Jerusalén se convirtió en un precursor de los Concilios Ecuménicos de la Iglesia Ortodoxa, que constituyen la máxima autoridad en materia doctrinal.

Desde el inicio, la Tradición Conciliar fue el modelo de autoridad para los cristianos y como veremos más adelante, fue el modo en que se resolvieron grandes disputas teológicas y disciplinares, confiando y dando el protagonismo a Dios, y no a algún hombre u obispo en particular. Cristo es la cabeza de la Iglesia.

Más adelante, esto se convertiría en materia de una amarga discusión. Sin embargo, la Iglesia Ortodoxa ha conservado hasta hoy la Tradición Apostólica.